

Jueves 26 de octubre del 2000

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



## Elena y su hermanita

**E**n la madrugada del sábado 31 de julio de 1999, el heroinómano Julio César Cedeño Márquez, alias El Cuervo, entró a robar a la casa de María Elena Jacinto de Raúz, ubicada en la colonia Luis Donaldo Colosio de Mexicali. No satisfecho con amarrar y golpear a sus moradores, violó a una niña de 13 años, de nombre Paulina del Carmen Ramírez Jacinto. Producto de esa violación, el viernes 13 de abril de 2000 nació, en la Clínica Independencia, el niño Isaac.

Elena Poniatowska acaba de publicar *Las mil y una... (la herida de Paulina)*, en Editorial Plaza y Janés. Se trata de un testimonio estremecedor, profundo y sencillo, sobre una historia terrible de violación, de ausencia de ética médica y de una moral gubernamental intolerante y retrógrada. Es un libro apretado -160 páginas-, ilustrado con las fotos de varios periodistas bajacalifornianos encabezados por Roberto Córdova Leyva y de la reconocida fotógrafa Mariana Yampolsky. El libro atrapa y solamente empezar a leerlo es imposible dejarlo. La autora de tantos libros memorables (*La noche de Tlatelolco*, *Fuerte es el silencio*, *Hasta no verte Jesús mío*, etcétera) nos conduce por los vericuetos del caso de Paulina, la niña madre que sólo es, desgraciadamente, una más de las víctimas no sólo del acto criminal, sino de la burocracia conservadora, la moral retrógrada y la negligencia médica. En el Caso Paulina se condensan estos tres elementos de nuestra cultura en transición. Pero hay actos loables registrados porque al lado de ella luchan personas como la abogada María del Socorro Maya Quevedo y la presidenta del grupo Alaíde Foppa de Mexicali, Silvia Reséndiz Flores.

Con el testimonio y las fotos uno va conociendo el caso y a la vez descubriendo otros rostros y posiciones que nos permiten ser optimistas en medio de la tragedia de Paulina. Ahí están los lugares que compartimos en Mexicali y Tijuana; las mujeres y los hombres que conocemos y que los redescubrimos en su dimensión humana, solidaria, cotidiana. Elena Poniatowska traza, además, el itinerario de la frontera que tanto le duele pero tanto quiere. Nombra a sus amigos y sus atmósferas. Es una gran cronista que sabe respirar el ambiente de nosotros, los que aquí vivimos. Lo respira y lo resume con su peculiar manera de transmitir y de demostrar su solidaridad para con los que, como Paulina, un día lo perdieron todo y resurgieron de su desgracia. ¿Para qué escribir este libro? Para denunciar y evitar que vuelva a suceder; para que los médicos reflexionen sobre su papel; para denunciar a los impartidores de justicia que parecen catequistas; para decirle a la Iglesia que hay diferentes formas de entender el fenómeno religioso y que hay de católicos a católicos; para denunciar el chantaje de Pro Vida, para que nunca nos olvidemos de este horror que es el Caso Paulina...

Dice doña María Elena Jacinto: "La niña, porque así le decimos, además de tener que dejar la escuela (es la única de mis hijos a punto de terminar la secundaria) estaba esperando su fiesta de quince años, con su misa, su baile, su vestido rosa largo, sus padrinos, sus damas, sus chambelanes, su pastel, su primer vals del brazo de su padre. ¿Ahora con qué cara se la hacemos? Es la última de mis ocho hijos. Teníamos ya una alcancía. Desde que llegamos de Salina Cruz no hemos sino ahorrado para su baile de quince años." Pero Paulina ha sabido seguir luchando. Leo una crónica de Javier Mejía en *La Voz de la Frontera*, del 3 de septiembre de 2000, p. 1A: "Luciendo un hermoso vestido blanco con vivos dorados al frente y en el dorso, una diadema que le hacía juego y un ramo de rosas blancas en sus manos de niña, Paulina arribó a sus quince años. 'Me siento muy feliz por haber llegado a esta edad. Lo logré, era mi mayor anhelo, aunque mi papá no esté conmigo', dijo la niña madre sin poder contener el llanto (...) Paulina quiso hacer del sábado 2 de septiembre el resumen de sus sueños. Sus sueños de toda niña que anhela una gran fiesta, por eso sus familiares y amigos cercanos buscaron borrarle aunque sea por un día los sufrimientos tenidos en el último año (...) También quiso que su hermana la peinara con unos bucles negros brillantes que caían por su espalda y que eran sostenidos por su diadema dorada". Son los pequeños momentos de alegría que permiten seguir viviendo y ahora luchando a